

Sara García (México, 1986) es una mujer que ha enfrentado el cáncer en tres ocasiones, en tres etapas distintas de su vida. Su historia está marcada por la resiliencia, la reconstrucción y la decisión consciente de encontrar sentido incluso en los momentos más difíciles.

Migrante, estudiante, madre y esposa, Sara ha transitado por los desiertos de la enfermedad en tres ocasiones, transformando cada diagnóstico en una lección de vida. Comparte su historia con el fin de ayudar a quienes pasan por un proceso similar a sentirse acompañados.

Luna en remisión es su primera obra, un testimonio valiente donde alza la voz para nombrar lo invisible y recordar que, aunque el camino sea asimétrico y el cuerpo guarde cicatrices, el alma siempre puede permanecer entera. Hoy, en remisión y con la mirada puesta en el futuro, Sara dedica sus días a escribir y a buscar entender un poco los procesos emocionales detrás de un diagnóstico de cáncer.

LUNA EN REMISIÓN

Sara García

Para Sebastián.

Copyright © 2026
Sara Bertha García Ríos
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798196745102

LUNA EN REMISIÓN

ÍNDICE

Prólogo ..11

1 Oriunda De Atotonilco ..14

2 La Niña Que Fui Antes Del Cáncer ..19

3 Quiebre De La Infancia ..32

4 Don Brujo ..41

5 El Hombre De Ademanes Precisos ..54

6 La Secundaria ..58

7 Viaje Al Hospital ..60

8 El Diagnóstico ..68

9 La Primera Noche En El Hospital ..75

10 El Amor De Un Padre ..89

11 El Quirófano ..94

12 El Sabor Del Diablo …108

13 La Primera Vez Que Perdí Mi Cabello …120

14 Entre La Vida Y La Muerte …130

15 Mis Quince Años …139

16 Estigma O Crueldad …143

17 Fin Del Tratamiento …149

18 El Renacer De Una Joven …154

19 Ojitos Verdes …159

20 La Picadura Que Cambió El Rumbo …162

21 La Intuición Del Sobreviviente …167

22 Estación De Partida …174

23 La Biopsia Definitiva …182

24 Sarcoma ..... …192

25 La Luna Siempre Está Completa ..... …198

26 Dios No Juega A Los Dados ..... …203

27 La Prótesis De Salvamento ..... …213

28 Desesperación Y Bondad ..... …219

29 Cuerpo Frágil Y Espíritu De Hierro ..... …224

30 14 De Agosto: La Cirugía ..... …226

31 El Milagro Venía Con Sus Propias Reglas ..... …233

32 En Las Buenas Y En Las Malas, En La Salud Y En La Enfermedad ..... …236

33 Vicisitudes ..... …239

34 La Vida En Una Maleta ..... …249

35 Una Bolita ..... …256

36 Ocho De Marzo ..... …276

37 La Vida Después De La Victoria ..... …282

En Memoria De... ..... …288

Glosario ..... …291

Notas Médicas Y Fuentes Consultadas ..... …300

Agradecimientos ..... …303

A mi padre, el hombre que me enseñó a mirar la luna y a entender que, aunque parezca incompleta, siempre está entera. Gracias por demostrarme con tu ejemplo, la magnitud de lo que un padre es capaz de hacer por amor. Este libro es el eco de tu voz sosteniéndome siempre. Gracias Pá.

PRÓLOGO

Escuchar la palabra cáncer es difícil; cuesta procesarla, cuesta respirarla. Imaginen ahora escucharla tres veces, en tres diagnósticos distintos y en tres etapas diferentes de la vida. Esa ha sido mi realidad. A los catorce años, mi mundo se detuvo con un linfoma óseo; a los veinticinco, la sombra regresó en forma de un sarcoma; y a los treinta y siete, el diagnóstico fue cáncer de mama.

Cuando el cáncer llega, el impacto es devastador. No solo golpea al paciente, sino que sacude a la familia, a los amigos y a todo su entorno. Desde el momento en que se pronuncia, se instala una angustia que lo tiñe todo de miedo.

Por mucho tiempo interioricé mis sentimientos, guardándolos en un lugar donde no dolieran tanto. Pero un día, buscando entender ese punto de quiebre emocional que me golpeó de frente, decidí nombrar lo que tanto me había costado. Poco a poco, comencé a escribir lo que viví: lo real, lo que pocas veces se muestra, la vida

detrás de un diagnóstico. Quise retratar a la persona como tal, no como un expediente o un paciente más.

Para darle forma a estos recuerdos, busqué aliento en libros de historias reales y tomé algunos cursos de escritura biográfica. Pero el verdadero viaje comenzó cuando acudí a mis viejos reportes médicos, esos que conservo desde que tenía catorce años. Al verlos, sentí como si regresara en el tiempo; una mezcla de nostalgia y una profunda admiración por la Sara adolescente que fui.

Abrí mi mente y mi corazón para poder escribir, y hubo momentos en los que me quebré al recordar todo lo vivido. Fue sorprendente descubrir que al ojear algunas viejas recetas aún podía percibir olores y sabores que creía olvidados, pero regresaron a mi mente, como si hubiese sido ayer.

Al escribir cada detalle encontré mi propia forma de nombrar lo que viví. Elegí **"Luna en remisión"** como título porque mi vida, como la luna, ha pasado por fases de oscuridad total, momentos en los que parecía desaparecer bajo el peso de la enfermedad. Pero la remisión es como ese ciclo lunar: es el regreso paulatino de la luz, es saber que, aunque la sombra estuvo ahí, no es permanente. La luna no deja de ser luna cuando se oculta, y yo no dejé de ser Sara cuando enfermé; simplemente estaba atravesando mi fase más oscura, esperando el momento de volver a brillar de forma plena.

Esta es mi historia, narrada en primera persona. Soy yo recordando cada paso, incluso aquellos que todavía me duele evocar. Esto es, un testimonio. Sin embargo, espero que estas palabras le sean útiles a alguien que esté atravesando un proceso difícil. Deseo que, al leerme, te sientas identificado, pero, sobre

todo, que te sientas acompañado. Que sepas que no estás solo ni sola en tus procesos.

Tres diagnósticos, tres batallas y un mar de emociones que no siempre sabemos cómo nombrar. Desde mi rincón y a través de estas líneas, espero hacerte sentir que estoy contigo.

Esta es mi historia...

1
ORIUNDA DE ATOTONILCO

Mi nombre es Sara. Sara García, como la gran actriz del cine de oro, la "abuelita de México".

Fue mi padre quien eligió el nombre. Devoto del cine mexicano, creció admirando las películas de Pedro Infante y, por supuesto, de Doña Sara García. Le bastó ver una cinta de ambos, apenas unos días antes de mi nacimiento, para decidir que yo —la décima de quince hermanos— cargaría ese nombre.

Nací un seis de diciembre de 1986. Según el santoral, mi nombre debió ser Nicolasa, en honor a San Nicolás de Bari, que se celebra ese día; pero el destino y una película de la "abuelita del chocolate" dictaron que yo sería Sara.

Nací en Atotonilco el Bajo, en el corazón de Jalisco. Es un pueblo custodiado por una laguna homónima al nombre del pueblo “Laguna de Atotonilco”. Es un pueblo de belleza genuina, no solo por sus calles empedradas, sino por la calidez de su gente. Entrar a mi pueblo y contemplar el panorama colorido que te recibe; una enorme mancha azul y a su alrededor imponentes cerros, es como

disfrutar el arte de alguna pintura cálida.

En Atotonilco, la fe se vuelve fiesta cada año con el novenario a la Virgen de la Purísima Concepción, que es la veneración más celebrada por nosotros, los atotonilquenses, en el mes de diciembre.

Son días de una entrega absoluta que comienzan a finales de noviembre y culminan el ocho de diciembre, el día más sagrado. Recuerdo el ritmo de "las fiestas de Atoto": las misas al alba, el repique de campanas al mediodía y las tardes donde la plaza se convierte en el alma del pueblo. Entre vendimias y antojitos como papas fritas, salchi-pulpos y algodón de azúcar, así como la música en vivo, la gente se entrega al disfrute como si el tiempo se detuviera en unas vacaciones eternas.

Desde noviembre, la gente comienza a colocar lazos de papel picado de colores —azul y blanco— por todas las calles, que algunas como la mía, aún conservan esa esencia de pueblo. Caminar por ellas y voltear hacia arriba contemplando los lazos coloridos meneándose con el viento y haciendo un ruido que nos recuerda que es tiempo de fiesta es verdaderamente un encanto. La belleza de mi pueblo se siente y se vive.

Fue en el jolgorio de esos días de “fiestas patronales” o “feria de pueblo”, como también le llaman algunos, cuando llegué a este mundo. Para aquel entonces en ese día, el pueblo ya era un hervidero de gente reunida en la iglesia y en la plaza (jardín o cuadro), todos preparándose para el “mero día” de la celebración. Nací en el umbral de la fiesta, bajo el cobijo de una tradición que parece ignorar el paso del tiempo. Es una de las tradiciones más hermosas del lugar.

Aquel seis de diciembre de 1986, mis padres, como mucha gente, se encontraban en la plaza en plenas vísperas del día ocho. Mi madre con treinta y siete semanas de embarazo encima, el cuerpo ya le pesaba, pero la devoción la mantenía en pie.

Mis papás habían sido siempre fieles creyentes, ellos generalmente no asistían a las festividades, solo a los eventos religiosos: a misa o a las "mañanitas" al alba, mi madre, hasta la fecha disfruta mucho asistir a las "mañanitas". Siempre le ha gustado escuchar al coro de la iglesia, ella dice que cree que así debe escucharse el canto de los ángeles.

Y durante años lo que disfrutaba más que el coro mismo era el olor a churros recién hechos a la salida de misa. Ese olor penetrante y delicioso podía sentirse alrededor de varias calles. Pasar a comprar churros revolcados en azúcar para después ir a la casa y comerlos con café, eso era la gloria para ella. A mi papá, en cambio, nunca le gustó salir, mucho menos a lugares concurridos. Su mundo siempre estuvo entre el trabajo y la casa. Siempre fue igual, por lo que aquel día cuando nací, ellos solo asistirían a misa y regresarían a casa.

Esa noche en particular, al salir de misa, entre el olor y la alegría de la fiesta, decidieron quedarse más tiempo para llevar a los niños a comprar antojitos, mi madre se quedó sentada en un pequeño hueco que encontró entre tanta gente. Mi papá se había perdido entre la multitud cuando llevó a mis hermanos más grandes a los puestos de comida, dejándola ahí sentada para que no caminara.

No pasó mucho tiempo cuando de pronto mi mamá comenzó a sentir un tremendo y desgarrador dolor que le atravesó el abdomen y la espalda baja. Ella lo describe como un espasmo con calambres o como un cólico menstrual, pero que triplicaba cualquier dolor de estómago parecido. Poco a poco el dolor se fue convirtiendo, no era un espasmo y no era dolor de estómago. De inmediato, su instinto supo lo que pasaba: eran contracciones de parto. Lo sabía bien por las experiencias previas.

Dice mi madre que en aquel momento el miedo la invadió. El bullicio de la fiesta se apagó de golpe. Solo sentía las punzadas, cada vez más seguidas, cada vez más fuertes, al mismo tiempo que el

ritmo de su corazón se aceleraba por la angustia y la preocupación de lo que sucedería en ese momento. Ella, aunque ya tenía experiencia con partos —mucha podría decirse—, la verdad es que ninguno había sido igual a ese.

Como ha pasado con muchas mujeres, mi madre se convirtió en mamá muy joven. Ella tuvo a su primer hijo a los dieciséis años, siendo una adolescente todavía, carente de madurez en muchos sentidos, como somos la mayoría a esa edad. Pasó de su adolescencia a formar un hogar; sin embargo, es admirable la fortaleza que ella tiene: siempre está feliz, canta mientras riega sus plantas, incluso les habla. Ella ríe con el alma, a carcajadas, y cuando lo hace, sus voluptuosas mejillas se ponen rojas. Fue increíble su valentía para formar una familia y, junto con mi padre, criar a tantos hijos.

Aquel día, entre toda la gente, el ruido y la alegría de la fiesta, en un abrir y cerrar de ojos se encontraba con contracciones. Mi padre se había alejado con mis demás hermanos hacia los puestos de antojitos, dejándola sola. Entre el gentío que iba y venía, sus ojos buscaban desesperadamente a mi padre, volteando a un lado y a otro esperando verlo, pero no, él no se aparecía. Con un dolor que apenas y le permitía moverse, apretaba fuerte sus labios y entrecruzaba sus piernas para soportar aquello que le pasaba, sintió que no podría más. Comenzó a sentir los nervios de punta por el temor a desmayarse ahí en plena festividad, la urgencia y el no ver a mi padre, la obligó a tomar una decisión desesperada: volver a casa sola, caminando lento y recargándose de vez en cuando en los coches estacionados que atiborraban las calles, ella iba arrastrando el dolor y el miedo.

Llegó a casa como pudo, a lo lejos podía escuchar el murmullo de la fiesta en la plaza, preguntándose si mi padre ya se habría dado cuenta que ella ya no estaba en el lugar donde se había quedado. Ella estaba sola y no tenía manera de llamar a nadie, —pues nosotros no

teníamos teléfono entonces— no había forma de pedir auxilio. Rendida, se recostó en la cama. En cuestión de minutos, sintió cómo su cuerpo comenzaba a abrirse, metafórica y literalmente. «Ya viene», se dijo con mucho miedo, «¿qué voy a hacer?». Estaba sola, sin médicos, sin manos amigas, sin preparación alguna para mi llegada. Sin embargo, el miedo a que algo me pasara fue más fuerte que su propio dolor; ese instinto de protección le dio la fuerza necesaria para enfrentar lo que venía.

Nací en el silencio de un cuarto, sin asistencia alguna, ella lo hizo sola, con miedo, pero también con todo el amor y el cuidado que una madre sabe. Eran cerca de las once de la noche cuando decidí salir al mundo; mi madre dice que me susurraba: “Parece que te urgía salir, en buen momento se te ocurrió llegar”. Al principio, su miedo aumentó: mi llanto era muy débil, casi como el maullido de un gato, dice ella. En el frío invierno de diciembre, su única prioridad fue que yo me mantuviera calentita.

Agotada, casi sin poder moverse en medio de un cuarto todo desordenado y de las sábanas sucias, realizó la que yo considero su verdadera hazaña: ella no alcanzaba a tomarme por completo y todavía estábamos unidas por el cordón umbilical, así que estiró la mano, me alcanzó por una piernita y me "jaló" hacia su pecho. En ese instante, mi llanto se volvió fuerte e imparable. Ella me abrazó, me arropó con el cobertor y comenzó a limpiar el sebo blanco que cubría mi pequeño cuerpito mientras intentaba alimentarme por primera vez.

A la fecha, mi madre sigue contando esa historia con un matiz de duda en la voz. Se pregunta, con esa culpa silenciosa que a veces guardan las madres, si aquel tirón en mi "patita" no habría sido el presagio o la causa de todo lo que, años más tarde, yo tendría que atravesar con esa misma pierna.

2
LA NIÑA QUE FUI ANTES DEL CÁNCER

Tenía apenas trece años, esa edad suspendida entre la niñez y la adolescencia, cuando me diagnosticaron cáncer por primera vez.

Antes de ese diagnóstico, yo era una niña que siempre andaba brincoteando por aquí y por allá. Fui una niña que habitaba el mundo a través de la imaginación, de los dibujos, de los brincos y las carreras. Aunque también disfrutaba mucho jugar con mis muñecas y vestirlas, mi verdadera pasión estaba afuera: trepar árboles, saltar bardas y, sobre todo, pasear en mi bicicleta. Sentir el viento, la libertad.

Recuerdo la sensación de salir a la calle en mi bici justo después de la lluvia. Pedaleaba con todas mis fuerzas hacia los charcos. Me encantaba sentir cómo el agua salpicaba mi espalda como un latigazo, dejando las huellas de gotas de lodo sobre mi playera. Cuando paseaba en mi bicicleta, pedaleaba lo más rápido que podía; en mi imaginación no era una bici, sino una motocicleta o un caballo. Imaginaba que iba a tal velocidad que todo a mi alrededor podía verse como si fuera cámara lenta; lo que más me gustaba era sentir cómo el viento me pegaba en la cara y cómo volaba mi

hermoso pelo largo.

Mis juegos favoritos eran aquellos que me despeinaban y me hacían sentir el aire: columpiarme hasta casi tocar el cielo o colgarme de los pies en las ramas de los árboles, compitiendo con mis hermanos para ver quién resistía más tiempo de cabeza. Saltábamos de una barda a otra —una pared alta que compartíamos con los vecinos— desafiando la gravedad, según nosotros, en la que el verdadero reto era caer de pie y sin huesos rotos. Era peligroso, por supuesto, pero a esa edad uno se siente de liga, inmortal. Estábamos siempre sucios, empapados de sudor agrio y terroso, pero éramos profundamente felices.

Por las tardes cada día el ritual era el mismo. Después de la escuela, la comida y los deberes, escuchaba el grito inconfundible de mi amiga pegada a la puerta de mi casa: —¡Sara! ¿Vas a salir?

Ese grito era la señal de la libertad absoluta. Los niños nos volvíamos dueños de la calle, jugando sin cesar y sin sentir cómo se nos iba el tiempo, mirando cómo el sol, bajo el que pasábamos horas, de pronto ya no estaba.

Nos apasionaba ese momento en el que el sol se ocultaba. Con la tenue luz de las pocas lámparas de la calle, después de terminar la jornada de juegos cansados y sudados, nos sentábamos en la banqueta de concreto. Me gustaba sentir bajo mi piel la tibieza que la banqueta había absorbido tras horas enteras bajo el sol; era como si nos abrazara.

Ahí, en ese refugio de barrio, nos contábamos historias, leyendas e incluso inventos de terror. Hablábamos de la Llorona, del chupacabras o de las desgracias que les habían pasado a familiares lejanos; en nuestras mentes, aquello era real y terrorífico, y nos mantenía en suspenso todo el tiempo.

La mamá de mi amiga siempre estaba ahí, en la calle, en su silla de plástico blanca, como vigilando todo desde lejos, con un cuidado sencillo.

Cuando ella veía que el grupo se calmaba y se ponía serio en las pláticas, salía con aperitivos para todos: tortilla con requesón y azúcar. Era una mezcla rara, una combinación extraña de sabores que, para nosotros, un montón de niños hambrientos de historias y de vida, nos sabía a gloria. Una banqueta tibia, los juegos con mis hermanos y vecinos y sentir cobijo bajo los adultos sentados afuera de sus casas. Era una sensación de felicidad genuina.

Un día, mi amiga llegó más apresurada que de costumbre. Yo estaba en casa, mirando televisión junto a mis hermanos, cuando su grito me sobresaltó.

—¡Sara, ven rápido! —me dijo con urgencia— ¡Vamos a entrar al patio del vecino!

El vecino era un hombre muy querido por todos, vivía solo, su casa era enorme y siempre olía a cigarro, tenía un patio muy bonito, con muchas plantas y árboles frutales, lo sabíamos porque de repente pasábamos a ayudar a regarlos, además podía verse cuando para salir y entrar dejaba el portón de su cochera abierta, pero el verdadero misterio esperaba al final de su patio, era la noria: un pozo de agua antiguo, enorme y profundo que antes se usaba para almacenar o extraer agua para el riego.

Obviamente, por nuestra seguridad, él nunca nos dejaba pasar a ese lado del patio, lo cual solo alimentaba nuestra curiosidad, pues había leyendas tétricas que los niños más grandes contaban sobre el fondo de aquel pozo.

Esa tarde, el vecino salió y dejó el portón abierto. Era una oportunidad única. Como un acto de rebeldía infantil, mis amigos

más intrépidos decidieron colarse para desvelar el misterio. Mi amiga, al saber lo que harían, corrió a buscarme; sabía que, aunque yo no era la más valiente, no podía resistirme a una buena historia de misterio.

Aquel día, al parecer sin temor a Dios, pero empujada por la curiosidad, me trepé al borde de la noria. Era un borde alto de ladrillos desgastados. No sé qué pensé en ese momento, porque de pronto estaba ahí, trepada, mirando hacia el interior de ese gran pozo que, según nosotros, tenía leyendas. Al ver la profundidad oscura del pozo, sentí mucho miedo y, en un acto reflejo para escapar de lo que sentía, pegué un gran salto hacia atrás para bajarme.

Al caer, con ese golpe seco contra el suelo, sentí un dolor que jamás había sentido. Fue tan particular que el recuerdo se quedó grabado para siempre en mi memoria: parecía que, el demonio se manifestaba por primera vez.

El dolor comenzó en el empeine de mi pie izquierdo y se extendió hasta la pierna. El dolor fue muy extraño, como si hubiese rebotado. No sé exactamente cómo explicarlo. Se sintió como cuando golpean una campana en las caricaturas: una vibración eléctrica que se propaga desde el punto de impacto hasta el punto más lejano. Así, esa onda de dolor comenzó en mi pie y, poco a poco, fue recorriendo toda mi pequeña pierna hasta anclarse en la cadera.

En aquel momento, no le di importancia. El dolor se disipó casi tan rápido como llegó, dejando solo el eco de su rareza. Lo registré para siempre y simplemente como algo muy peculiar, sin saber que tal vez ese "eco" era el primer aviso de la batalla que estaba por comenzar.

Días después de aquel salto en el pozo, apareció un dolor extraño en mi rodilla izquierda. No le di importancia; en una niña de

brincos, carreras y caídas, un dolor así era totalmente normal, se podría decir, algo que en ocasiones surgía naturalmente de tanto andar de aquí para allá. Aunque ya había bajado un poco el ritmo de los juegos bruscos hacía un tiempo; de repente mi amiga y yo comenzamos a cambiar todos esos juegos bruscos por esmaltes, por el chismógrafo y por las revistas.

Con el paso de las semanas, esa molestia en la rodilla empezó a ser más recurrente. Como a reclamar un espacio. No podría decir cuántas veces fue, pero el dolor comenzó a visitarme intermitentemente: aparecía y se iba, venía y se marchaba. Así se mantuvo por un tiempo, semanas. Yo seguía creyendo que era un golpe o que me había lastimado en algún momento.

Pero poco a poco, las visitas de ese dolor se hicieron más frecuentes y el tono del dolor se intensificó. Al principio era una punzada ligera, como moretón, que dolía solo cuando presionaba. Con el tiempo se fue extendiendo por toda la pierna, volviéndose un malestar profundo y persistente.

Convencida de que no era más que una torcedura o una "reuma" pasajera, guardé silencio durante algunos días. Solo cuando el dolor dejó de ser una anécdota para convertirse en una constante, decidí decírselo a mi madre.

Mi madre, igual que yo, creyendo que era algún golpe o algo pasajero, comenzó con lo básico que había en casa: analgésicos comunes, pomadas, compresas, cosas para el dolor. Al principio, las pastillas parecían ganar la batalla, devolviéndome la calma por unas horas; pero el alivio era solo por un momento. Al cabo de un rato, el dolor regresaba con más fuerza, como si se estuviera volviendo inmune a los remedios, hasta que los analgésicos simplemente dejaron de bastar. Así, entre el alivio fugaz y la recaída constante, se nos escaparon varias semanas.

Ante la persistencia del dolor, mis padres notaron que aquello ya no era tan común como pensaban y decidieron finalmente llevarme al médico del centro de salud del pueblo. Era un inmueble muy pequeño al que cada año llegaban diferentes médicos para realizar su servicio social. Esa tarde, tras una revisión rutinaria y el llenado de la historia clínica, el doctor no encontró ningún hallazgo de alarma. Con una seguridad que hoy resulta irónica, determinó que mi dolor era "normal": tenía trece años, estaba a nada de cumplir los catorce y me encontraba en esa etapa en la que el cuerpo se "estira" y los huesos crecen. Eran, según él, simples dolores de crecimiento que con el tiempo terminarían de curar.

—Ella se ve bien; está creciendo —dijo con seguridad y con una sonrisa que, de algún modo, nos dio tranquilidad.

Regresamos a casa tranquilos, confiando en lo que el médico había dicho y con una receta de analgésicos más "fuertes".

Sin embargo, la efectividad de los analgésicos duró poco. Apenas unos días después, tuvimos que buscar una segunda opinión, esa vez con el médico particular del pueblo. El dolor ya no cedía ante ningún fármaco y, además, la rodilla ya había comenzado a inflamarse, perdiendo su forma natural y mostrando señales físicas de su lucha interna: se estaba inflamando, se sentía un poco caliente e incluso, a mi parecer, se miraba redonda y brillosa.

Una noche, apareció la fiebre. No era una temperatura alarmante, pero sí lo suficientemente notoria como para despertarme en medio de la noche. En mi inocencia, quise creer que estaba demasiado abrigada y que las cobijas me estaban sofocando. Me desperté empapada en sudor, con las mejillas calientes. En aquel momento, no me pareció algo a lo que debiera prestarle atención; no sabía que ese calor nocturno era mi cuerpo gritando lo que los médicos aún no podían ver. Así que solo me senté quitándome las cobijas de encima, quedando cubierta con ellas de la cintura hacia

abajo.

Al visitar al siguiente médico, el diagnóstico seguía pareciendo algo cotidiano. El doctor —con ese porte que suelen cargar los médicos— nos dio la bienvenida, me pidió que subiera a la báscula y luego nos hizo preguntas rutinarias. Él estaba sentado en su escritorio, mis papás en las dos sillas frente a él y yo sentada con los pies colgando de la camilla que estaba pegada a la pared del consultorio, a donde se acercó para revisarme.

—Abre grande —me pidió, introduciendo un abatelenguas en mi boca. Estiró mis ojos hacia abajo. —Ahora mira hacia arriba —me pedía con tono suave.

Luego, con un artefacto curioso parecido a un pequeño martillo, golpeó suavemente mi rodilla, haciendo que mi pierna se levantara involuntariamente, cosa que me pareció graciosa y solté una risilla.

Posteriormente nos dijo que todo en mí se veía "normal", a excepción de esa hinchazón que ya empezaba a deformar el contorno de mi rodilla. Sugirió que probablemente se trataba de una microfractura por un golpe viejo, algo esperable a mi edad y por la intensidad con la que vivía mis juegos.

—Te ves bien en general, ¿pero te golpeaste o te caíste? —me preguntó.

Recuerdo que, mientras intentaba recordar para contestar la pregunta, mi mamá me lanzó una mirada con un tono preocupado.

—¿Ves? —me dijo—. ¡Ese tambor fue el que te hizo daño; cuéntale al médico del tambor!

Y es que, desde tercero de primaria hasta el último grado, yo había pertenecido con orgullo a una banda de guerra. Amaba todo

de ese mundo: los ensayos, la complicidad con mis compañeros y la disciplina de la formación. El tambor era mi instrumento favorito, mi forma de marcar el ritmo de la vida en aquel entonces. Sin embargo, en el fondo yo sabía que no podría ser el tambor; jamás me había dado molestias antes.

—Ella traía su tambor todo el tiempo —le decía mi mamá al doctor. —El tambor está muy pesado para ella; seguramente eso la lastimó.

Era algo pesado, sí. Yo era una niña escuálida y el tambor, para mi cuerpo menudo, en ocasiones se sentía como un instrumento pesado. La técnica para cargarlo era precisa: la correa cruzaba mi hombro derecho y el cuerpo del tambor caía con todo su peso para "recargarse" justo sobre mi muslo izquierdo. En los ensayos y en los desfiles bajo el sol, eran largas caminatas, manteniendo una marcha impecable. Pero era algo que yo realmente amaba: la coordinación casi perfecta que teníamos todos, al sonido de aquel golpe del cuero y el sonar de las trompetas.

Cuando tocaba, me miraba a mí misma con un tanto de respeto. Aunque era una niña, me sentía formal con mi chaqueta azul marino de botones dorados, mi falda blanca de pastelones y mis zapatos totalmente limpios. Frente al espejo del ropero de mi cuarto me paraba erguida y me giraba de un lado a otro; me gustaba verme en ese atuendo limpio que me recordaba lo que más amaba en ese tiempo: mi tambor.

Pero el tambor no tenía la culpa de aquel dolor; de hecho, ya habían pasado meses desde la última vez que lo toqué hasta que apareció aquel dolor. No fue el peso de la madera ni el golpe de la baqueta lo que me estaba rompiendo; no sabía entonces que esa pierna zurda e inquieta que sostenía el peso en los desfiles de mi infancia, años después, tendría que sostener el peso de un diagnóstico, de cirugías y de una nueva forma de caminar. Pero en

ese momento, una explicación lógica era el único refugio para mis padres.

—No se preocupen —añadió el doctor para tranquilizarnos, ya que, fuera de ese dolor no mostraba ningún otro signo de alarma hasta ese momento, pero para descartar cualquier duda, nos pidió que me realizaran radiografías.

—Vayan por ellas lo antes posible; quizá sea cuestión de inmovilizar el pie —dijo el médico.

Atotonilco tiene su encanto, pero es un pueblo pequeño y, en aquel tiempo, no contaba con el equipo necesario para realizar estudios básicos, radiografías o análisis. Así que, a la mañana siguiente de esa consulta, mi padre me llevó a Zacoalco de Torres, un poblado cercano y más grande que el mío, donde había una clínica que contaba al menos con los servicios necesarios que generalmente solicitaban los médicos.

En ese entonces, a unas semanas de cumplir mis catorce años, sentía que llegaba mi etapa favorita de la vida. Me sentía una jovencita en toda la extensión de la palabra: alegre, llena de vitalidad y profundamente enamorada de mi cabello, mi cabello largo y lacio que, con vanidad, cuidaba tanto.

Experimentaba esa hermosa metamorfosis de la adolescencia. Eran los 2000; amaba llenar mi cabello con prendedores de colores —los famosos "piojitos" de la época—, cubrir las muñecas de mis manos con pulseras de plástico y, por supuesto, doblar de la cintura la falda del uniforme escolar para que luciera un poco más corta. Eran esos pequeños actos de rebeldía y coquetería típicos de las chicas de secundaria.

Además, el amor juvenil empezaba a asomarse. Había un chico en particular, un muchacho de sonrisa bonita, con quien

intercambiaba miradas cómplices.

Éramos presas de esa timidez nerviosa que solo se rompe con el empujoncito de los amigos. Así, entre recaditos de papel que hacían de "chats" en aquellos años y cartas escritas a mano, empezamos a descubrir nuestros mundos.

Sabía que le gustaba la música. Lo sabía porque en sus cartas siempre aparecía, como un regalo escondido, un fragmento de alguna canción. En el instante en que mis ojos recorrían esas líneas, esa melodía se convertía en mi ilusión. Corría a buscarla entre mis CDs y la escuchaba cien veces, si era posible, en mi Discman o en una pequeña grabadora azul que teníamos mis hermanas y yo en nuestro cuarto y, ¡por supuesto!, si el CD no se rayaba, la repetía una y otra vez con tanta emoción, dejando que esas notas se hicieran parte de mí, de mi propia historia.

Él, en ocasiones, se hacía el "despistado", pasaba por mi calle una y otra vez y nos conformábamos con lo más sencillo y lo más grande a la vez: saludarnos con una mirada y una sonrisa. Era un momento fugaz, apenas unos segundos, pero en mi corazón se hacía perpetuo. Yo sabía que él pasaba por ahí solo por mí, para buscarme entre mis amigos y él sabía que yo estaría ahí, en la banqueta de mi calle puntual y esperanzada, solo por él, por verlo pasar.

Éramos dos cómplices en una calle cualquiera, comunicándonos en un idioma que no necesitaba palabras, solo fragmentos de canciones y la certeza de que estábamos presentes el uno para el otro.

Deseaba con todas mis fuerzas que el tiempo pasara pronto para llegar a mis quince. Me ilusionaba, como a tantas chicas, la idea de una fiesta, de usar un lindo vestido, pero sobre todo soñaba con el pastel. Me encantaba el pastel. En una familia de quince hermanos, los festejos eran escasos y los trozos siempre se repartían hasta que

apenas quedaba nada. Durante muchos años, mi sueño secreto siempre había sido tener un pastel solo para mí. Aunque faltaba poco más de un año, yo ya podía visualizarlo: lo pediría de color rosa y con mucho betún, porque el betún siempre fue, sin duda, mi parte favorita. Era el deseo puro de una niña que aún se encontraba en ese momento de la vida en el que el mundo todavía era suave; ese refugio donde las preocupaciones no iban más allá de la escuela, de descifrar la letra de una canción en una carta o de imaginar el sabor del betún cremoso en los labios.

Pero además de todo, en mi casa existía una regla de oro: ninguna de las mujeres podía tener novio antes de los quince años y, al cumplirlos, se necesitaba la aprobación oficial de mi padre para hacerlo; con los hombres no era igual, pues a ellos nunca se les dijo nada al respecto. De modo que aquel chico y yo solo podíamos ser amigos. Mi entusiasmo era puro e inocente, aunque me atraía su sentido del humor y la forma en que me decía que le gustaban los hoyuelos que se me formaban al reír. Yo estaba casi segura de que, al cumplir la edad, él sería mi novio. Era un cariño tierno, de adolescentes, de esos que te hacen sentir una ilusión romántica, pero tierna y bonita.

Pero mientras mi corazón se ilusionaba, mi cuerpo empezaba a traicionarme.



LUNA EN REMISIÓN

Sara García